

«Vivir en la calle es más duro para una mujer»

JESÚS J.
HERNÁNDEZ

✉ jhernandez@elcorreo.com

Desirée y Fátima cuentan sus años sin un techo y cómo lograron salir de la calle, mientras Mila sigue allí. Cada vez son más

BILBAO. Desirée se escapó de casa con 12 años y nunca regresó. Prefiere no hablar de su familia, pero no era un buen lugar para vivir. ¿Adónde va una niña sola? «Vas donde se te quiere un poco. Así empecé a agarrarme a clavos ardiendo». Alude a una sucesión de hombres que no la trataron bien. Con la mayoría de edad recién cumplida ya vivía en la calle. «Es muy dura y más para una chica. Empecé a consumir heroína y cocaína. De alguna manera tienes que sobrevivir y la única que había visto en mi casa eran las drogas y los chicos». Es una veterana de la calle. Lo suyo no fue una temporada. Vivió diez años sin un techo sobre su cabeza. Es el rostro de una realidad que crece: cada vez hay más mujeres sin hogar. «Tardan más que los hombres en llegar a la calle, pero cuando lo hacen están más destrozadas. Para ellos, parece que dar un portazo y marcharse es un recurso. Para ellas es la última opción», explica Sonia Gorbeña, una técnica de Bizitegi que trabaja con ellas.

¿Cómo era para ellas un día cualquiera? «No duermes casi. Despiertas medio drogada y te vas a pedir para comer y para consumir. A mediodía vas al comedor social. No paras de andar y machacarte los pies todo el día. Te sientes una mierda, no te ves como una persona», cuenta Desirée. «Si pides comida es más fácil que den, dinero es más difícil. Acabas haciendo cosas de las que te arrepientes. Yo tuve que prostituirme. Era muy joven. Es muy dura la calle».

La infancia de Desirée y la década que pasó en la calle empujaron los relatos de Dickens. Ella pue-



Desirée mira a la cámara mientras Fátima se mantiene en el anonimato. Mila no se ve con fuerzas para ser fotografiada. :: PEDRO URRESTI

de hablar de ello, quizá porque ahora recurre a los verbos en pasado. «Ahora sí me siento como una persona». Después de tocar fondo con un coma a los 29 años, ha sabido remontar. Dejó de consumir y, a sus 33 años, se está acostumbrando a vivir en un piso de Bizitegi con otras mujeres que pasaron por su misma situación. Hace teatro y salidas al monte con la misma asociación. Busca empleo mientras paga su parte del alquiler con la RGI y tiene una ayuda por discapacidad. «La enfermedad mental, que es un estigma más». Algo muy frecuente entre quienes duermen al raso.

«Son mujeres muy valientes, que han hecho un gran sacrificio para salir adelante y que tienen mucho mérito», valora Leire, otra de las trabajadoras de Bizitegi. Sonia descarta el

término 'sin hogar' porque parece «inmutable, algo que eres, cuando son mujeres a las que en un momento de su vida les ha tocado pasar por esto y están en un proceso. Uno que, como todo en la vida, no es lineal». La calle deja las manos rugosas y heridas muy hondas. Saber reinventarse requiere tiempo y esfuerzo. Desirée lo logró hace un año y Fátima hace un par de meses.

La mayoría de las mujeres haría cualquier cosa para evitar la calle y Fátima encaja en esa descripción. «Nunca se habían visto tantas y sin problemas de drogas. Yo no me he drogado jamás y me he visto sin casa. Para no terminar en la calle me he tenido que ir a vivir a un albergue y ha sido muy fuerte para mí. Jamás en la vida hubiera pensado que me podía pasar». Cuando echa la vista atrás -la

voz le tiembla al recordar- sitúa el comienzo de todo con claridad. «Me vi sola. Mi marido nos abandonó a mi hija y a mí. Tenía que elegir entre trabajar o cuidar a mi hija y elegí cuidarla. Me quedé sin ingresos y sin nada». Sólo le quedaba recurrir al albergue de Elejabarri, donde no podía entrar con menores. La pequeña, de 12 años, «tuvo que ir a un piso de menores». En los ocho meses que pasó allí, Fátima se hundió. «Me pasaba todos los

días llorando. Separarme de ella ha sido muy doloroso».

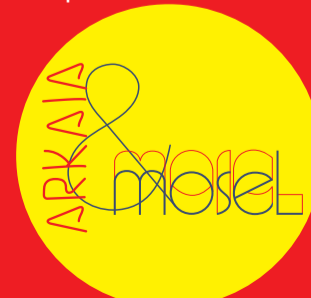
Sin familiares aquí

Fátima no tenía familia en Bizkaia. Nacida en una gran ciudad española, vino de joven y hasta hace poco nunca había tenido problemas para trabajar por turnos «en hostelería, cuidando niños y en la limpieza». Enlazó relaciones complicadas y alguna pareja tóxica. «Venía de trabajar y me encontraba con que ni había dado de comer a la niña», recuerda. «Veía que no la cuidada», se duele. Madre e hija tienen una buena relación, aunque la pequeña «pasó un tiempo enfadada conmigo». Le culpaba de lo sucedido. «Ella quiere estar conmigo. Siempre me dice que busque un trabajo para que nos vayamos juntas a un piso».

«Ponerte a la cola del comedor es muy duro. Allí piensas cómo has podido llegar a esto»

Felices Reyes

Los mejores objetos para un regalo exclusivo.
Objetos para casa, preciosos detalles personales,
lámparas, cuadros, organizadores, relojes, tecnología...
Desde Italia, Japón, Francia, Irlanda, Suecia, USA...



C/Golkoberaza, 24
Polig. Jundiz Vitoria-Gasteiz

www.mosel.es · www.arkaia.eu

Gran Vía, 53
Bilbao

EN SU CONTEXTO



«Ponerte a hacer la cola para entrar al comedor es muy duro. Allí piensas cómo has podido llegar a esto. Es la imagen de haber fracasado en la vida». La estampa les remueve a las tres. «La comida está bien, es algo caliente y siento bien». Se desayuna a las ocho, siempre un café con una porción de mantequilla, y se come temprano, a la una y cuarto. «Hay que estar a esa hora porque si llegas a las 13.45 horas ya no te dejan entrar. A mí me ha pasado. Me aguantaba hasta las ocho que es la cena. Como no tenía dinero, pasaba hambre. Prefiero eso que pedir», dice Fátima. Pasaba el día en Sartu, una oficina de empleo, mandando currículums y volvía al albergue para llamar si había alguna oferta de trabajo. «Al principio tenía móvil, pero me lo robaron. Trabajaba por horas en un bar y me echaron porque no podían contactar conmigo».

Quienes viven sin hogar se mueven continuamente porque los recursos donde desayunan, comen y duermen están en sitios diferentes y porque, como cuenta Desirée, «la gente te mira te mal». Ella solía dormir «en cajeros, debajo de los puentes y en el parque de Doña Casilda cuando hacía buen tiempo». Siempre con un ojo abierto, aunque eso no le evitó robos y agresiones. «Al principio, parece que hay algo de compañerismo, pero luego todo el mundo va a lo que va. La droga tira y, si pueden, te van a robar». Dormía siempre con un estilete en la mano.

Fátima admira su valentía. «Yo en la calle me muero. No podría defenderme». Ella ve la habitación que comparte en un piso de Bizitegi como una salvación, porque «estaba muy deprimida. La gente te trata como si fueras basura por haber tenido que ir a un albergue». En medio de esa soledad, hay pequeños gestos que cambian todo. Desirée no olvida a ese hostelero de la plaza Zaballuru que todas las mañanas le regalaba un café. «Hay trabajadores de banco que les van dando una pequeña cantidad

230

plazas tienen los albergues bilbaínos para personas en la calle. Uribartarte y Elejabarri, con 83 y 71 plazas, son los más grandes y Lurberri Etxea, de Cáritas, gestiona la larga estancia con 25. En invierno se refuerza con otras 91 camas.

Machismo en los centros
«Las mujeres vamos a Elejabarri y

sólo hay una planta para nosotras. Hay baños compartidos y te dicen de todo. Hay tanto machismo», denuncian. El Gobierno vasco admite en un informe que hacen falta más espacios sólo para ellas.

Pisos de Bizitegi

En los pisos de Bizitegi donde viven ahora Desirée y Fátima abonan el alquiler con la RGI. No se puede consumir drogas ni alcohol. «Nos llevamos muy bien con los vecinos. Todo el mundo te saluda», valoran.

de su RGI cada día, cinco euros o lo que sea, para que no se les vaya en pocos días», cuenta Gorbeña. «Personas que quieren ayudar», valora. Un tesoro inusual en un mundo que suele no cruzar la mirada con ellos. «Saludarles, sentarse un momento a su altura, ya es mucho». Quienes pasan mucho tiempo sin un hogar acaban sintiendo «que son invisibles».

Mila maneja los mismos verbos sufridos, pero en presente. Habla con un hilo de voz y sus frases acaban en un silencio brusco, como si sus tímidos pasos le condujeran a una pared gigantesca. Todo desemboca entonces en su mirada, unos ojos inquietos que parecen revelar parte de su historia. «En invierno duermo en el albergue y en verano vivo en el monte». Habla con una sonrisa fija, como sacada de una fotografía de un tiem-

po remoto. Es su forma de mostrarse amable, y no oculta que le faltan fuerzas y palabras para contar su vida. Deja retazos que retratan su día a día. «En verano, cuando hace sol, caliente el agua de lluvia en unos garrafrones para ducharme». A sus 41 años duerme a menudo «en cajeros y portales» y le han robado hace poco. Se disculpa por su castellano con acento del Este, pero se hace entender perfectamente. «Me quedé sin dinero y me estoy buscando la vida sola. No tengo ninguna ayuda. Sobrevivir en la calle es muy duro». En un determinado momento, mientras sus compañeras hablan, Mila se levanta y se despide de todos con un gesto infantil con su mano derecha. Arrastra el carro de la compra donde lleva sus contados enseres hasta la calle. Vuelve al lugar donde nadie la mira. Donde sobran las palabras.

«Salí unos meses con un hombre 25 años mayor por no verme en la calle»

Las técnicas de Bizitegi explican que «ellas llegan a la calle más tarde pero más rotas, porque pasan por situaciones muy graves»

J. J. HERNÁNDEZ

BILBAO. «A veces estás con un hombre solo por no acabar en la calle. He salido con uno que me sacaba 25 años para evitarlo. No me gustaba nada, pero mi hija y yo necesitábamos estar bajo un techo», admite Fátima. «Yo es que me muero de miedo en la calle. Veo llegar la noche y no podría». Pasaron con él unos tres meses. «Lo dejé porque te sientes muy sucia. Y te preguntas pero por qué tengo que aguantar yo esto». Cuando aquello acabó, fueron al albergue, pero tuvo que separarse de su hija, que vive en un piso del servicio de infancia.

También Desirée pasó cuatro años con «un hombre que me trató muy mal» para evitar vivir al raso. «Al final, pedí que me ingresaran en el psiquiátrico. Necesitaba ayuda, estaba fatal», relata. «Antes de que veamos a las mujeres en la calle, ellas ya están sin un hogar. Aguantan situaciones muy graves por no salir. De una casa a otra, en relaciones muy duras. Influyen los hijos», valora Gorbeña. Otra de las

LA CLAVE

Motivos específicos para ellas
Un estudio del Gobierno destaca las rupturas familiares y la violencia machista entre las causas

técnicas de Bizitegi, Leire, aporta un enfoque diferente. «Quizá deberíamos preguntarnos por qué no hay más mujeres en la calle cuando la tasa de desempleo es más alta en ellas, también la pobreza y la exclusión». El 'Estudio sobre la realidad de las mujeres en situación de exclusión residencial', del Gobierno vasco, constata «la relevancia de la rupturas de pareja, la violencia machista y los problemas familiares» entre las causas específicas que les llevan a la calle a ellas mientras en los varones son «más estructurales». También incluye testimonios de los técnicos que revelan que algunas «duermen con hombres o recurren a la prostitución» para evitar pasar la noche en un cajero.

20 saludos después

«Cuando estaba en la calle, muchas veces me intentaron ayudar y dije que no. Me han hecho daño tantas veces. Tienes miedo, te vuelves desconfiada. Es como un muro», cuenta Desirée. Cuando el equipo de Bizitegi detecta su presencia, se intenta acercar a ellos. «Con algunos igual tienes que pasar 20 veces, saludar y marcharte. Hasta que un día la persona te acepta y mantienes una pequeña conversación», retrata Leire. «Algunos no saben que existen comedores». El gran peligro es que «al principio quieren salir a toda costa pero, si el proceso se alarga, porque encontrar trabajo o papeles es difícil, pueden acabar normalizando su situación». A Bizitegi llega gente que ha perdido el norte tras décadas sin hogar. Personas que «no saben meterse en la cama o que no pueden quitarse el calzado, gente muy dañada. La calle borra tus competencias». Por eso remontar el vuelo, como han hecho Desirée y Fátima, tiene tanto valor.

VISITAS GUIADAS CADA HORA
Grupos de 20 personas máximo

1977-2019

UNA GALAXIA MUY LEJANA...

LA EXPOSICIÓN

HASTA EL 5 DE ENERO

POLÍGONO LA ORCONERA - C/ ANDIKOLLANO 29 - BARAKALDO
JUNTO AL CAMPO DE FÚTBOL SERRALTA

Una impresionante exposición de la saga más famosa de la historia del cine que sigue ilusionando generación tras generación. Con piezas originales, figuras a tamaño real, autógrafos, dioramas, réplicas, merchandising, bustos y mucho más.

MÁS INFORMACIÓN Y ENTRADAS

exposiciones.elcorreo.com/una-galaxia-muy-lejana/

PATROCINA

ORGANIZAN

Barakaldo
CIUDAD-HIRIA

spacio
natural

EL CORREO
INFORMACIÓN CON VALOR

Una Galaxia Muy Lejana Expo es una exhibición de fans para fans no vinculada a The Walt Disney Company / Lucasfilm.